

Pedro Antonio González Moreno, La erosión y sus formas (Antología 1986-2006), Madrid, Vitruvio, 2007, pp. 136

La impresión más clara que puede sacarse de la lectura de esta antología es, junto a la de una gran calidad poética, la de unidad y coherencia. La trayectoria de la poesía de Pedro A. González Moreno se ha caracterizado por una mantenida progresión hacia el desvelamiento de sus contenidos esenciales, y este nuevo libro revela gran madurez en este sentido. En él se replantean temas constantes en la poesía. Esencialmente, el tiempo, representado por la memoria. Todo, expuesto, no a través de crudas experiencias personales, sino tras un proceso de depuración y una abstracción que no se aleja en ningún momento del plano real. Nada penetra tan profundamente en el arte como el símbolo, y merece destacarse que González Moreno alcanza ese profundo nivel de visión de la realidad, que culminará en *Calendario de sombras* (2005). Pero los principios fundamentales, la esencia de lo que siente el poeta, se dan ya en el primer libro, *Señales de ceniza* (1986).

La memoria es inseparable del olvido, hasta el punto que puede afirmarse, con Francisco Gómez Porro, que es la fuerza motriz de la poesía de González Moreno. El olvido permite liberarse del peso de la memoria, para centrar la atención en el presente. Pero la lucha para conseguirlo, en un proceso que no es tan voluntario como surgido de una necesidad interior, es incesante y no tiene término. En el proceso de la dialéctica memoria-olvido, los nombres pierden el significado corriente y ganan otro nuevo. "Tal vez de tanto haberlo perseguido (se dice el poeta) hemos perdido el nombre de las cosas (...) el helado misterio en el que se derrama". Recordar, entonces, "es ponerles / otro nombre a las cosas / cuando el tiempo y el uso / ya han gastado su brillo y el metal de sus bordes". La claridad del poeta no es la propia de la vida cotidiana, y en ella el poeta busca "un límite / de absoluta tiniebla que me traspase, un ámbito / donde sólo la noche exista". Ese paraje en que se tropieza con el límite adquiere un carácter mítico, porque imagina que, en "ese dulce territorio", diosas y aves / se amen", donde el caos "de súbito estalle en un incendio de cítaras".

Todo poema, y todo libro con cierta unidad, adquieren cierto tono de viaje iniciático. Especialmente, ya con verdadero carácter en este sentido, cuando los poemas tienen significado simbólico. Era de esperar, pues, que el viaje implique, en la poesía de González Moreno, la aparición constante de obstáculos que se han de superar. Y esto lo descubrimos, tanto en cada uno de los libros como en el conjunto, representado en esta antología. Se trata de un viaje cuyo puerto de arribada se avizore más allá de la dualidad sombra-luz. La exposición más clara de sentirse en la oscuridad se da en los versos: "Tanta luz para qué. Nadie busque en mis ojos / ramilletes de aurora: sólo pueden / reconocerse en las tinieblas". Es interesante hacer notar que, a continuación, escribe que sus ojos "han crecido (...) noche adentro" y, el poema se cierra con este verso: "ciegos de tanta luz equivocada". Y podemos entender que la luz que rechaza es la luz que conoce y que lo que busca está más allá de las tinieblas, y de ahí el impulso que le lleva a la conciliación de esa contradicción.

El hecho de que, en versos citados anteriormente, el poeta manifieste que busca “en la claridad un límite / de absoluta tiniebla” no ha de engañarnos. En realidad a lo que parece aspirar es a la conciliación de los opuestos, sea luz-oscuridad, como procede en el caso de memoria-olvido. Es algo que podemos advertir en otros niveles y que se manifestará, con mayor madurez y claridad en Calendario de sombras: memoria-cuerpo, sed-agua, calor-frío, sombras-luz, silencio-voz que emerge del misterio. Es interesante subrayar la importancia que tiene el cuerpo en la primera de estas contraposiciones. El cuerpo y, con él, la carne. No nos encontramos con un ser que consiste sólo en una mente pensante y sintiente con independencia del cuerpo, sino que el poeta percibe su ser y actúa con él de manera más completa.

La memoria se presenta como una “larga travesía hacia la nada”, que adquiere el significado de algo que está más allá de la luz y la oscuridad. El espacio en que se sitúa el poeta es desolado, pero, a través de la acción de la poesía misma, van apareciendo, como relámpagos, vislumbres de resquicios de una posible apertura. Es interesante subrayar que se advierte la ambivalencia de los distintos factores. Así, la memoria puede hacerse “lumbre para la noche de los ojos” y acariciar y “besar el mundo”. El cuerpo, que se opone al recuerdo, se ve como espejismo o corteza que deja la memoria “cuando el dolor se enfría”, y también como recipiente, “desolada vasija” para albergar, “como huéspedes”, los recuerdos. La luz, sin embargo, aparece a menudo, y cuando lo hace constituye una sorpresa.

La mirada, por lúcida, es, con frecuencia, de desolación, especialmente en el último libro. Pero no considero que se trate de una nota negativa. A lo que aspira, poéticamente, es tan alto, que el proceso es largo y arduo. El poeta vive un presente que se entrelaza con el pasado, en un mundo vacío donde sólo oye el silencio de las cosas. Y se pregunta si la vida sólo es “esta costumbre de vivir, sin más razón / que alimentar el espejismo, / sin más misterio que ir dejando escrito / el tiempo en cada sílaba”.

El juego con el tiempo es constante, siempre con la presencia del pasado, que se vive a veces como presente. Así, en el penúltimo poema establece una comparación entre la mariposa con el vientre atravesado por un alfiler, que el poeta sabe ver aún viva sobrevolando la flor, y la “verdad no escrita”, no enfriada aún por las palabras del poema. Las sombras de la memoria son un obstáculo y un reto, y al mismo tiempo un medio para acceder a la realidad. “Por eso -leemos al término del excelente Calendario de sombras, que cierra esta antología, de gran madurez y penetrantes versos-, es necesario regresar nuevamente / a ese espacio de sombras, / a ese reino sin nadie donde habrá que inventarse / más luz para mañana”.

José Corredor-Matheos